

tre, aquellos hechos de no continuidad vuelvan a producirse, como se produjeron en los tiempos históricos sin que mediasen esas variaciones geográficas.

Y no podremos contestar de modo que renazca en nosotros la tranquilidad respecto del futuro o perdamos por completo toda ilusión, sin un estudio profundo de estos dos hechos históricos: el de las condiciones en que se produce normalmente la transmisión y la difusión de las civilizaciones parciales que tienen por foco un pueblo determinado, y el de la igualdad o la diferencia, a este respecto entre las situaciones pasadas de la humanidad y la presente, para ver si acaso en ésta se dan condiciones que hacen menos posible, o imposibilitan del todo, la repetición de aquellas soluciones de continuidad y de aquellos retrocesos en grandes masas (las más importantes y aptas, aparentemente al menos), que pusieron en peligro y detuvieron durante largo plazo la obra común, obligando en gran medida a rehacerla y a caminar nuevamente por el sendero ya trillado. Y luego, como una consecuencia «práctica» (que solemos decir) de ese estudio, se nos impone también la determinación de aquellas prevenciones necesarias para garantizar más y más la seguridad de la transmisión a las generaciones venideras.

Respecto del primer hecho, la ciencia moderna posee ya algunos conocimientos positivos derivados del estudio concreto de casos históricos, así como de la especulación y la crítica de que ha sido objeto el fenómeno de las transmisiones y difusiones con motivo del método comparado, singularmente en cuanto a la legitimidad de deducir la transmisión, sin previo examen muy detenido, del simple hecho de la coincidencia de instituciones (1). No olvidemos, sin embargo, que todavía envuelve para los historiadores no pocas dudas y oscuridades la determinación de aquel fenómeno con relación a grandes acontecimientos de la historia, cuyo examen no puede considerarse como terminado y firme en conclusiones definitivas, sino que continúa siendo objeto de teorías e investigaciones. Una doctrina general sólida (aparte las diferencias específicas de cada caso), no podrá en rigor establecerse sino después de haber realizado larga serie de estudios monográficos de otros tantos hechos de transmisión y difusión, en el mayor número posible; y esto requiere todavía una larga labor

(1) Cosa análoga puede decirse de la teoría de la imitación (Tarde), que sólo con mucha cautela cabe usar. La imitación es un fenómeno de difusión.

erudita, sin la que son siempre arriesgadas las generalizaciones.

Pero aun estimando en todo el gran valor que tienen estas averiguaciones, observemos que para nuestro propósito (es decir, para el problema que aquí estamos considerando) lo pierden en buena parte frente al que representa el segundo hecho, es decir, el de la igualdad o desigualdad de las condiciones humanas pasadas y presentes respecto de las facilidades de la transmisión de la obra civilizadora y la seguridad de su permanencia; porque si tuviéramos la certidumbre de que las condiciones actuales, sobre ser mucho más favorables que las pretéritas para producir normalmente aquel hecho, garantizan la no pérdida de las ventajas conseguidas para la gran masa de la humanidad, ya no nos importaría, desde el punto de vista práctico, que las conclusiones relativas al primer hecho fueran tranquilizadoras o no. Ahora bien; lo que conocemos respecto del pasado y lo que la observación nos dice en cuanto a lo presente, basta para afirmar de un modo resuelto que las condiciones actuales son, en efecto, mucho más propicias que ningunas otras de la Historia. Sobre esto ya no nos cabe duda, y en la confianza que nos produce descansamos, sabedores de que nuestras

conquistas de hoy, añadidas al acervo de lo heredado, no serán baldías, y que nuestros sucesores continuarán en el disfrute de ellas. Sabemos también que esta ventaja la debemos principalmente al perfeccionamiento de la civilización material, que halla así una de sus mayores justificaciones y uno de sus más nobles títulos de consideración, porque ella, al crecer y facilitar la comunicación entre los pueblos, los acerca a la vez que los solidariza por un conjunto de intereses comunes cada día mayores, más entrelazados y más interdependientes, y hace así más rápida y posible la difusión de toda la cultura que, de particularista y perecedera que fué en tiempos pasados, va trocándose en permanente y universal.

El hecho de la uniformidad de la vida presente, de la extensión e imposición de un mismo tipo y unas mismas formas para muchos órdenes de actividad humana, no significa otra cosa; y aunque deplorado y resistido idealmente en otro sentido, cuando amenaza con una igualdad monótona, destructora de las singularidades propias de cada pueblo, es, en cuanto al efecto referido, de una importancia y valor más considerable que la mayoría de los acontecimientos de la historia pasada. Paralelamente a la obtención de esta inmensa ventaja, nuestro tiempo ha realiza-

do también una obra de asimilación considerable y fecunda, que abraza lo antiguo y lo moderno. Respecto de éste a la vez que la civilización material difunde una serie de formas de vida y de aplicaciones industriales, desde el punto en que tienen origen a todos los demás, recoge, como condición del mismo movimiento, lo que cada grupo humano y cada individuo realiza y ofrece en calidad de fruto de su propia originalidad, y con ello nutre el conjunto, es decir, lo hace cada vez más rico y complejo, y facilita las acciones y reacciones recíprocas de unos sobre otros (1). Respecto de lo antiguo, la sorprendente renovación de nuestros conocimientos históricos, la resurrección de la vida de tantos pueblos enterrados en la sombra de lo ignorado por la humanidad durante muchos siglos (y en virtud de eso, inutilizables en lo mejor de su obra), ha enriquecido de pronto, o en un plazo tan breve que casi es despreciable como tiempo, nuestra herencia en una proporción grandísima, y nos permite gozar de los mejores frutos de civilizaciones desaparecidas, que incorporamos a la actual en todo lo que tienen de aprovechable, ya

(1) Tocante a este aspecto del problema véase lo que digo en el cap. IV de mi reciente libro *La guerra actual y la opinión española*, al discurrir sobre los peligros de la guerra».

como elemento positivo y de inmediato empleo, ya como factor educativo de nuestro gusto, nuestras invenciones y nuestra idealidad. Con sólo que comparemos lo que de Grecia, de Egipto, de Oriente y aun de la misma Roma se sabía en materia de arte, de industrias, de literatura, de ciencia, de derecho, a fines del siglo XVIII, con lo que sabemos hoy, comprenderemos la inmensa ventaja con que trabajamos ahora, en no pocas cosas, relativamente a nuestros antepasados. El movimiento de restauración de lo «clásico» iniciado en el Renacimiento, se ha cumplido y aumentado en nuestros días de manera inesperada y sorprendente; y si a esto añadimos la más extensa y honda penetración de todos los demás siglos anteriores al nuestro y en que tantas cosas antes olvidadas han venido a fecundar el espíritu presente (la literatura medioeval, el arte de los primitivos, las filosofías prerrenacientes, etc.), veremos en qué gran medida, jamás igualada, la civilización actual resume la de toda la Historia y la convierte en propiamente humana, es decir, universal. Y ese enorme servicio se debe a los historiadores, a los cultivadores de una disciplina cuyo valor «práctico» se niega ligeramente tan a menudo.

Pero después de todo esto, que es esperanza y tranquilidad para el porvenir, observemos que, analizada bien nuestra conciencia respecto de este punto, no la hallamos aquietada de un modo igual en todos los particulares que la cuestión abraza. En efecto. Si apenas nos cabe duda respecto de la permanencia de todo lo que significa progreso material y acerbo común científico y literario, que nos parece incorporado definitivamente a nuestra vida, no estamos igualmente seguros de la continuidad de otros elementos de nuestra civilización, más dependientes de las variaciones del pensamiento y de la conducta humana. Las ventajas materiales conseguidas están tan ligadas con necesidades primordiales de la humanidad y con pasiones, o si se quiere anhelos, fundamentales de ella (la ganancia económica, el triunfo en la competencia, la comodidad, etc.), que no consideramos posible su renuncia, a no ser que los hombres sean víctimas de un raptó general de locura. La posesión del saber elaborado por los siglos, de las bellezas acumuladas por los literatos y artistas, como es una función pasiva y la fuente de su producción individual es prácticamente inextinguible en el género humano, tampoco nos inspira recelos en cuanto a su pérdida. Pero en todo aquello en que entra ya la

opinión referida a un hacer que no reposa sobre el fuerte cimiento de las ciencias experimentales, o en que juegan concepciones especulativas de base racional o pasiones de otro género que las antes citadas, no obstante nuestros frecuentes cantos de victoria y nuestros optimismos, cuando entramos en serena consideración de las cosas, hemos de confesar que vacilamos. ¿Quién no ha sentido, en verdad, algún temor de que nuestras evidentes mejoras en la organización social, en el régimen político, en el orden general del Derecho, en el sentido moral de la vida, no perezcan, arrebatadas por el soplo violento de un cambio de opiniones, todo lo ilógico que se quiera a nuestro juicio actual, pero no sin precedentes en la historia de muchos pueblos y aun de grandes extensiones territoriales? ¿Qué espíritu reflexivo no ha pasado alguna vez por la inquietud de que la orientación general del pensamiento moderno sea sustituida por otra que destruya toda nuestra concepción dominante del mundo, o bien de que nuestro arte y nuestra literatura caigan en una decadencia que los haga impotentes y extravagantes?

Estas consideraciones plantean una nueva cuestión en esta doctrina o teoría de la civilización humana que vamos trazando: la de si todos los ór-

denes de la vida llevan necesariamente una marcha ascendente, es decir, de perfeccionamiento indefinido (tomando un conjunto la Historia y despreciando los retrocesos pasajeros), o hay algunos exceptuados de esta regla, por ser de índole especial, diferente de los sujetos a «progreso» continuo, y quizá también otros cuyo punto culminante dentro de lo humano se ha conseguido ya y no será excedido, tal vez, ni igualado, en lo futuro. Y como una consecuencia natural de la comparación que para este estudio es necesaria, surge el planteamiento de otra cuestión que ha preocupado repetidamente a los pensadores: la de la proporcionalidad en el perfeccionamiento de los distintos órdenes de actividad humana, y, fundamentalmente, de estos dos, tomados como expresivos de los grandes grupos que en la civilización solemos distinguir; el orden moral y el orden material.

Viniendo a la consideración especial de la primera de estas cuestiones, veremos que si la observación de la Historia nos permite afirmar, al través de los tiempos, la existencia de una corriente fundamental que, a despecho de pasajeros eclipses, ha triunfado siempre, conquistando de cada vez un escalón más alto en el orden del dominio de la naturaleza, de las

aplicaciones de sus seres y de sus energías a las necesidades humanas, de la organización general del Estado, de las libertades públicas, de ciertas manifestaciones artísticas, etc., en cambio no podemos asegurar lo mismo de todas las ramas del arte, ni de todos los órdenes del pensamiento científico, y mucho menos de la conducta moral, especialmente en algunas de sus direcciones principales. ¿Cuántas veces no se ha repetido que el arte griego es insuperable (en ciertos órdenes), y que nada ha creado luego la Humanidad que pueda sufrir parangón con él, ni aun en los tiempos modernos, no obstante el empuje de nuestra cultura y su rica nutrición con los ideales de toda la Historia? ¿Quién no sabe que, no obstante el grandioso desarrollo de la Filosofía desde el Renacimiento acá, aún vivimos fundamentalmente (y no lo hemos traspasado en muchas cosas) del pensamiento de los filósofos griegos? ¿Cuán a menudo no se oye decir que la música llegó con los grandes clásicos alemanes a lo sumo de su desarrollo técnico e ideal? ¿Cómo podremos negar que la literatura de nuestros tiempos no ha producido todas las obras mejores de este género, y que no pocas de las que consideramos como maestras son fruto del pasado, lo cual quiere decir que la línea de «progreso»

de esta actividad intelectual no está sujeta a la misma regla que en otras actividades es evidente? ¿Con qué amargura, en fin, no hemos reconocido a menudo que el perfeccionamiento moral es insignificante, que las costumbres no mejoran en conjunto, que las más puras doctrinas de esta clase siguen sin traducirse en la práctica de la vida para la casi totalidad de los hombres?

Pero observemos, en primer lugar, que es muy posible la existencia de error en parte de estas afirmaciones, porque la comparación la hacemos influidos aún, de modo profundo, por una orientación tradicional de nuestro espíritu que ve lo «clásico», lo perfecto, en un tipo recibido de anteriores generaciones y consagrado por éstas como insuperable, con lo cual prejuzgamos el porvenir, que no sabemos ni podemos adivinar qué formas nuevas de arte y de pensamiento puede darnos, qué nuevos escalones de originalidad y de maestría puede alcanzar. Ante esta incertidumbre, hija de una indefinida y para nosotros misteriosa posibilidad de formas y doctrinas nuevas, el hecho de la perfección lograda antes, pierde en valor, que sólo tendría plenamente si pudiésemos afirmar en absoluto que no habrá de ser nunca ni superada ni igualada, sino que, respecto

de ella, toda producción se dará como inferior y decadente. Bastaría, en el terreno del arte y de la literatura, que la producción futura diese obras de tan alta belleza como las que consideramos magistrales en el pasado, aunque el ideal en que se inspirasen y los medios o procedimientos de expresión fuesen otros que los utilizados en aquéllas.

Además, la única conclusión de alcance práctico que podría sacarse del hecho—suponiéndolo probado o posible de probar—de que en ciertos órdenes de la vida la humanidad haya dado en tiempos preteritos la nota más alta posible (v. gr., la escultura griega), sería la de que ciertas perfecciones son más fáciles que otras, y por eso el hombre ha llegado a ellas rápidamente, mientras que aún lucha para lograr las demás. La consecuencia inmediata de esta conclusión para nuestra conducta (como uno de los resultados educativos del conocimiento) sería impulsarnos a dedicar lo mejor de nuestras fuerzas, de hoy en adelante, al progreso de lo retrasado, segregándolas en gran parte de lo conseguido, que con menor esfuerzo (al parecer) puede continuarse; y quizá en ciertas propensiones de los hombres actuales, en ciertas orientaciones de las masas modernas, que cultivan con preferencia órdenes de la vida aún muy

imperfectos, hay un oscuro pero eficaz instinto de esa verdad a que nos referimos.

Lo que sí tiene gravedad es la comprobación indudable del desequilibrio enormísimo que existe entre la mejora conseguida hasta hoy en la parte ética y la de los otros órdenes de actividad. Es éste un hecho histórico que, aun sin recurrir a la erudición, resulta evidente para todo el mundo, y con relación al cual cabe dividir la vida humana en dos grupos distintos: uno, en que se juntan todas aquellas manifestaciones respecto de las que puede decirse, en conjunto, que han progresado y siguen progresando de un modo notable, o bien que han alcanzado ya en la Historia grados extremos de perfección, aunque hoy se hallen decadentes (vida intelectual y artística, civilización material resultante del dominio sobre la naturaleza y de las aplicaciones de las ciencias, organización social en ciertos aspectos), y otro en que deben figurar la conducta moral y algunas direcciones de la organización social y jurídica de los pueblos que, o no han mejorado de un modo perceptible y verdaderamente fecundo para la vida, o están en inferioridad evidente, a este respecto, con los hechos comprendidos en el primer grupo.

Inútil sería discutir aquí nuevamente la cuestión

que años hace (cuando florecía aquella literatura de Filosofía de la Historia que tanto deslumbró a las gentes sin gran provecho para la Ciencia) apasionaba a los espíritus, quizá porque se planteaba en términos radicales y se trataba de resolver sin suficientes datos históricos. ¿Hay progreso moral? ¿No lo hay? Estas preguntas absolutas, todos hemos convenido en que son ociosas, porque nadie duda hoy que, en ciertos aspectos de la conducta ética individual y social, la humanidad ha mejorado y el ideal práctico que va realizándose en las minorías educadas es superior al que estas mismas realizaban hace siglos. A compás de esto, en la esfera propiamente jurídica —aceptando la distinción corriente de moral y Derecho, que quizá no es exacta— tampoco nos cabe duda de que cada día la norma de justicia se va haciendo más real y viva en muchas de las relaciones humanas a que afecta.

Pero junto a esa doble seguridad que todos tenemos, se destaca igualmente la de que muchos órdenes de la conducta moral y jurídica son todavía, aun en los pueblos más adelantados, inmorales e injustos, y que la mayoría de los individuos son igualmente, en muchas cosas de la vida, injustos e inmorales. La impresión desagradable que estos hechos causan en

nosotros, no procede tanto del mal que suponen cuanto de la ineficacia que acusan en doctrinas e ideales proclamados hace muchos siglos y abrazados con efusión por millones de hombres. Se comprende que ciertas ciencias, y en general las aplicaciones a la vida de las experimentales, no hayan podido llegar en otros tiempos al grado de perfección y desarrollo que hoy tienen, porque no habían alcanzado verdades que actualmente poseen y que, por tanto, producen ahora sus efectos; pero el ideal ético y jurídico para la vida individual y social es conocido de los hombres, en muchos de sus extremos fundamentales, desde tiempos antiquísimos, y, sin embargo, no ha producido hasta hoy sino levísimas mejoras en comparación con lo que sigue como antes de haberse proclamado el ideal, o con lo que éste reclama. Esa ineficacia—o esa eficacia limitadísima y muy lenta—de la verdad moral, es lo que desanima al observador sincero y lo que le lleva, a veces, a desesperar de que ese orden de la vida sea reformable como los otros; o, cuando menos, a preguntarse por qué se halla en tan grande inferioridad con otros, quizá, y sin quizá, menos importantes para el vivir humano.

Una teoría moderna da contestación a esa pregunta suponiendo que la efectividad del perfecciona-

miento moral no depende de las ideas y las doctrinas éticas, sino de otros factores de naturaleza distinta, los cuales, en la mayoría de los casos, se han venido a producir en la historia muchísimo después que apareciese el ideal moral. El ejemplo que Buckle presentó en cuanto a la guerra (es decir, a la debilitación del espíritu guerrero en la humanidad) es típico de esta doctrina. Para Buckle, como es sabido, las tres grandes causas de aquella debilitación han sido: la invención de la pólvora, el libro de Adam Smith sobre la riqueza de las naciones y la aplicación del vapor a las comunicaciones terrestres y marítimas; es decir, tres hechos muy distintos, en cuanto a su origen y naturaleza, de los sentimientos morales que a primera vista deberían haber sido los principales causantes de tan importante modificación. De igual manera otros autores—de filiación filosófica muy distinta a la de Buckle—han hecho observar que en la desaparición de la esclavitud en Europa y en el mejoramiento de la condición jurídica de las clases serviles del campo, los motivos morales tuvieron escasa influencia, pero en cambio la lograron decisiva motivos de orden económico (1).

(1) Véase, por lo que toca a España, el magistral libro

Estos ejemplos y otros muchos que la Historia ofrece, parecen apoyar la tesis de la escuela mencionada, que hace depender el progreso moral del científico o de los cambios que sufren órdenes de la vida muy heterogéneos con aquél, y que explica el retraso de la mejora ética, con relación a las otras, en esa dependencia y en la cualidad personal e intransmisible de los actos morales. «Cada adquisición intelectual—dice un adepto de la teoría—se transmite precisamente de una generación a otra, mientras que el bien cumplido por nuestras facultades morales no es susceptible de transmisión: cada cual debe practicarlo por sí mismo; es de naturaleza muy privada, y el bien mismo que puede producir la filantropía más pura y más activa, es de poca duración y no puede aplicarse más que a un cortísimo número de veces... Las acciones de los malos no producen más que un mal pasajero, las de los buenos un bien poco durable; lo que eternamente subsiste son los descubrimientos de los grandes hombres. Sobreviven a la ruina de los Imperios y de las creencias; se añaden los unos a los otros y, única cosa inmutable en medio del fugitivo pasar de

de D. Eduardo de Hinojosa, *El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña*. Madrid, 1905.

las mudables, sirven de guía al progreso humano».

Hay evidente exageración en algunas de estas afirmaciones, pues ni lo moral es tan mudable como aquí se supone—un cierto sedimento igual perdura y se afirma a través de los siglos—, ni puede decirse que nada de este orden se añada a otras conquistas anteriores, como se añaden y condicionan los progresos intelectuales, ni siquiera es completamente exacto el supuesto de la poca duración del bien moral, dado que cuando éste cristaliza en obras o instituciones sociales, o en una forma de las costumbres, puede prolongarse durante mucho tiempo, incorporarse quizá de un modo definitivo, o poco menos, a la conducta general y alcanzar a un número considerable de hombres. Pero estos errores no invalidan la verdad general de la teoría en punto a la concurrencia de motivos no morales (es decir, de otra esfera humana o natural) en la realización de los progresos de este género y a la explicación que así suministra para el hecho de la desproporción que vemos considerando; aunque no es tan cierto que la segura acción de lo intelectual sobre lo moral implique una subordinación absoluta de lo segundo a lo primero, puesto que el modo de obrar la cultura de la inteligencia sobre la vida no es inexcusablemente

por la sugestión de nuevas líneas de conducta, sino, en muchos casos, por la reflexión sobre los principios que proclamaron los moralistas, y en virtud de la cual se forma la convicción de su necesidad para la vida humana. Así, en rigor, el progreso intelectual, aparte lo que en su propio orden produce y representa substantivamente, queda convertido, en la relación expresada antes, en un medio para conseguir el fin principal, que es la mejora ética. La independencia entre el hecho de ser el progreso intelectual (como pretende esta teoría y aunque la aceptemos en absoluto) el *motor* de la civilización, y la afirmación de que por esto ha de ser considerado como la *medida* de aquélla, es evidente, puesto que la perfección no está en la proclamación de principios ni en el convencimiento intelectual de la verdad de éstos, sino en su *práctica*, ya que lo primero de todo y lo substancial para la vida es ser bueno, y la contradicción entre las creencias y la conducta, entre el pensamiento y la vida, es harto frecuente para que femos demasiado en la pureza de la segunda como una consecuencia indeclinable de la altura alcanzada por el primero.

Pero adviértase que para nuestra cuestión capital, la propia de nuestra investigación, lo mismo si su-

ponemos cierta la teoría referida que si estimamos las dos esferas (la científica y la moral) como independientes, a lo menos en muchos de sus aspectos, surge, en fin de cuentas, la misma duda, aunque se formule de dos modos distintos. En el primer caso, es decir, si aceptamos la teoría, cabe preguntar: ¿hasta dónde podrá influir el desarrollo científico en la conducta moral? En el segundo caso, siempre nos quedará este interrogante: la desproporción actual entre el desarrollo y perfeccionamiento de ambas esferas, ¿va a ser eterna? ¿disminuirá con el tiempo o se agrandará en lo futuro? Y en ambos casos, ¿qué juicio, optimista o pesimista, nos sugiere la observación de lo que va corrido de Historia hasta nuestros días?

Es posible, y aun muy probable, sin embargo, que la cuestión no esté bien planteada, por confundir cosas diferentes. En efecto; estamos bien seguros de que todos los actos ordinariamente comprendidos en la esfera de la conducta moral, son de naturaleza idéntica? ¿No nos induce a pensar más bien la observación histórica, que hay dos órdenes distintos de actos, cuya diferencia tiene un medio de expresión en el diverso camino que en la Historia han llevado? Esa clarísima separación (ya recordada en ar-

gumentos anteriores) entre ciertos hechos de la moral social relativa a determinados órdenes de relaciones humanas que han progresado, es decir, han ido ganando en contenido ético, se han depurado y quizá tienen una perfectibilidad indefinida (respecto a la vida ajena y al honor, tolerancia, veracidad, imparcialidad, etc.), y otros de moral social o individual (hasta donde es posible admitir esta distinción) que evidentemente no progresan y en que la cantidad de mal es sensiblemente hoy el mismo de hace siglos, ¿no es argumento poderoso para creer que verdaderamente existe una parte de la vida ética, capaz de progreso y otra en que éste se nos muestra—a lo menos hasta ahora—como imposible? A mí me parece indudable. Creo que la experiencia histórica nos dice de un modo elocuente que hay en nuestra naturaleza inclinaciones inmorales corregibles, que se han corregido efectivamente en los grupos humanos, y que por esa corrección han transformado las costumbres; pero que hay igualmente otras, siempre las mismas, que por reposar en pasiones aparentemente irreductibles (de hecho, no reducidas ni dominadas sino en contados individuos, y no las mismas en todos), no han logrado esa corrección y persisten siendo fuente del mal. As

ocurre con la envidia, con la ira, con la codicia, con la ambición, con la lujuria, con tantas otras tendencias pasionales de nuestro organismo, cuyos frutos de depravación y de miseria horrorizan cuando los sociólogos, psicólogos y criminólogos modernos los hacen desfilar ante nuestra vista, que apenas cree posible tanta abominación actualmente.

Estos son los hechos, estos los resultados de la observación histórica; y científicamente, no cabe decir más, puesto que toda predicción es una simple hipótesis, un supuesto problemático con relación a un futuro incierto. La esperanza humana no se resigna, sin embargo, a permanecer en ese puro reconocimiento de los hechos realizados hasta hoy, es decir, de la Historia. Aventura la creencia de que quizá es también posible la corrección de lo que nos parece incorregible, la reducción de fuerzas que hasta ahora no hemos sabido reducir, en forma que el cambio sea una mejora social, incorporada como conquista definitiva a la civilización de los grupos más adelantados, primero, y luego a todos los demás. No es otro, si bien se mira, el problema capital de la educación; y en apreciarlo así, de un modo optimista o, por el contrario, de un modo pesimista, estriba una capital diferencia de escuelas. La educación pue-

de lograrlo todo; la educación tiene límites infranqueables en la naturaleza humana en general y en cada uno de los casos individuales: tales son las dos afirmaciones contrarias. La segunda apóyase en datos ciertos de experiencia; la primera, en generosos supuestos de perfectibilidad del sujeto y de eficacia del sistema; y tan grande es la sugestión del bien futuro que produce, que en ella han creído firmemente grandes hombres como Goethe y Guyau. Aunque las corrientes de la Pedagogía van hoy por otro camino, negándose a reconocer esa omnipotencia de la educación, no cabe duda que, de momento, toda respuesta científica absoluta es problemática. Podrán darla quizá, en lo futuro, los adelantos de la psicología individual y social. Ahora no cabe más que plantear la duda.

Pero esa misma duda, esa incertidumbre en que nos colocan, de un lado la inseguridad de nuestras hipótesis respecto de lo futuro, de otro, los resultados de la observación respecto de lo pasado, hace resurgir potente la cuestión temerosa que ya se apuntó: ¿Qué es lo que importa más al hombre? Si no progresa, si no se mejora moralmente, ¿qué valor tienen las demás ventajas logradas? ¿Para qué sirven, sino para una satisfacción meramente super-

ficial y para un engaño de la infelicidad real en que sigue viviendo la inmensa mayoría de los individuos?

Examinemos con valentía la cuestión que, como otras muchas aquí planteadas, si externamente parecen ajenas a una investigación fundamentalmente histórica, de hecho están con ella substancialmente ligadas. La cuestión surge a nuestro espíritu como exigencia de un ideal de vida que, de una parte (con razón sin duda) coloca lo ético de aquélla en primer lugar, considerando que, frente a esto, las ventajas materiales y las puramente intelectuales son de escaso valor, y de otra supone que todos los órdenes materiales y espirituales del vivir humano han de ser forzosamente perfectibles en igual medida. Ante este doble supuesto, claro es que toda deficiencia del orden moral da materia a un desaliento, a un pesimismo, a un juicio de censura, con las consiguientes perplejidades respecto del diferente espectáculo histórico que ofrecen la marcha de aquél y de las demás actividades humanas. Pero conviene que pensemos si, aun admitiendo el primer supuesto (para mí es indudable, y creo firmemente que el principal valor del progreso intelectual y material estriba en lo que facilita el jurídico y moral, al facilitar la com-

prensión del mundo y el dominio de las fuerzas naturales), no habrá un grande error en el segundo. ¿No será lo cierto que, distinguiendo, como antes se apuntó, dos esferas o grupos de actos y relaciones en toda esa parte de la civilización cuyo retraso nos preocupa, habremos de contentarnos, sin pretender lo imposible, con perfeccionar aquellos que son capaces de perfección, como ya lo han demostrado en la Historia, acelerando su proceso, y reconociendo a la vez (y resignándonos ante ese reconocimiento) que hay otros carentes de aquella cualidad, respecto de los cuales lo único factible, dada la naturaleza humana, es reducirles el campo de acción nociva, rescatar de ellos el mayor número posible de casos individuales, en suma, disminuir su influencia perturbadora (ya que suprimirlos sea imposible), como se hace hoy con muchos de ellos mediante las leyes, la policía, los establecimientos correccionales dignos de este nombre y aun los tratamientos médicos, en lo que éstos alcanzar a remediar?

Si ello fuese así y llegásemos a tal convicción y a tal serena conformidad con lo inevitable, nuestro espíritu se aliviaría del peso enorme que supone el desacuerdo entre la creencia en una perfectibilidad imposible y la ineficacia de los esfuerzos seculares para

conseguirla; y ese alivio, haciendo imposible el desaliento, nos permitiría llevar el empuje principal hacia lo hacedero y descartar del campo de nuestra investigación histórica problemas que dejarían de serlo para nosotros.

Entonces, toda nuestra teoría de la civilización, estribando en el reconocimiento del camino recorrido y las indudables ventajas logradas en la mayoría de las actividades del vivir, así como de la orientación fundamental que toda la historia humana parece llevar por bajo de las diferencias de grupo y sin menoscabo de la originalidad (necesaria, que no perjudicial) de cada uno de ellos, tendría, como resultado práctico para el momento presente y los futuros, la aplicación cada vez más intensa de aquellos medios y procedimientos por los cuales se han obtenido las mejoras hasta hoy, singularmente con el propósito de acelerar aquellas que están en retraso y de mantener el equilibrio en virtud del cual las de un orden no cedan en perjuicio del otro, ya porque arrastren a la humanidad a un vivir egoísta lleno de sibaritismos para un número mayor o menor de hombres, o al desprecio de la civilización material e intelectual, para convertir la masa entera a un ideal de ascetismo y perfección ética incompatible en la

colectividad con todas las demás ventajas hoy obtenidas.

Ahora bien; si consideramos la expresión de los anhelos de la actual humanidad civilizada, veremos, como ya apuntábamos antes, que todos ellos afirman la voluntad resuelta de asegurar la civilización material conquistada, de aumentarla y al mismo tiempo difundirla al mayor número posible de hombres, convirtiéndola así, de patrimonio de una minoría favorecida, en beneficio disfrutado por la mayor parte, por todos los hombres si es posible, y que lo propio anhela respecto de la cultura intelectual, cada vez más ansiosa de penetrar en la masa; al propio tiempo que afina las condiciones de la alta investigación reservada a unos pocos, pero abierta, en el manar glorioso de sus resultados, a la humanidad entera que los aprovecha. Y juntamente con esto vemos a la humanidad (en la flor escogida de sus más altos representantes, así como en el palpitar fervoroso de sus muchedumbres) clamar por el fondo ético de la vida, por el reinado de la justicia en el orden jurídico, del bien en el orden moral, y ambos como suprema condición para que todo lo otro no sea gustado en medio de lágrimas, de odios y de maldiciones; pero sintiendo en el fondo de su espíritu, quan-

do serenamente se recoge en su experiencia, que hay una suma de mal no vencida jamás hasta hoy, que probablemente no se domeará nunca y que forma el lote inexcusable de nuestra imperfección y finitud, más poderosas que nuestra más enérgica voluntad.